

Introducción: Las políticas de producir placer



CONSTANCE PENLEY, CELINE PARREÑAS SHIMIZU,
MIREILLE MILLER-YOUNG Y TRISTAN TAORMINO

P*orno feminista* es la primera colección que reúne los escritos de personalidades de la producción y estudio académico del porno feminista, con el fin de implicar, retar y re-imaginar la pornografía. Las editoras de este volumen colaborativo somos tres profesoras del campo de la pornografía y una productora de contenido pornográfico, y durante años hemos mantenido un diálogo vivo sobre pornografía y política feminista. En sus críticas, el feminismo antiporno retrata el sector pornográfico como una industria y medio de comunicación monolíticos, y generaliza burdamente sobre su producción, sus trabajadores, sus consumidores y sus efectos en la sociedad. Estos feministas antipornografía responden de formas variadas a los pornógrafos feministas y a los profesores de porno feminista. Nos acusan de autoengañarnos sobre la naturaleza de la pornografía; afirman que no somos capaces de ver de forma crítica ningún tipo de porno, y que defendemos que todo el porno es empoderador. A menudo sim-

plemente descartan de entrada que seamos capaces o que tengamos autoridad alguna para producirlo o estudiarlo. Pero los argumentos, hechos e historias de *Porno feminista* no pueden descartarse sin más: son investigaciones rigurosas y sobre el terreno de las políticas de la producir placer. Nuestro objetivo es doble: por una parte, explorar el surgimiento y significado del floreciente movimiento del porno feminista; y por otra, reunir a algunas de las mejores voces académicas que estudian la pornografía. La conversación que propicia este libro incita a nuevas ideas sobre la riqueza y complejidad del porno como género e industria, de tal forma que nos ayuda a apreciar el trabajo que llevan a cabo feministas dentro de la industria del porno, tanto el porno tradicional como el que se realiza en los márgenes contraculturales.

Para comenzar, ofrecemos una definición amplia del porno feminista, que se encarnará, debatirá y examinará en los siguientes artículos. Como género pornográfico al mismo tiempo establecido y emergente, el porno feminista utiliza imágenes sexualmente explícitas para disputar y complicar las representaciones dominantes de género, sexualidad, origen étnico, clase, capacidad, edad, tipo de cuerpo y otros marcadores de la identidad. *Porno feminista* explora los conceptos de deseo, agencia, poder, belleza y placer en los límites más confusos y difíciles, incluyendo el placer dentro y a través de la desigualdad, frente a la injusticia y contra los límites de la jerarquía de género, así como de la heteronormatividad y la homonormatividad. Busca desestabilizar las definiciones convencionales del sexo, y expandir el lenguaje del sexo como actividad erótica, expresión de identidad, intercambio de poder, patrimonio cultural e incluso como un nuevo ámbito político.

El porno feminista crea imágenes alternativas y desarrolla una estética e iconografía propias que expanden los discursos y normas sexuales establecidos. El porno feminista incorpora elementos de los géneros desde los que surgió, como el «porno para mujeres», el «porno para parejas» y el porno lésbico, y también de otros campos como la fotografía feminista, el arte performativo y la cinematografía experimental. No asume una única espectadora femenina, sino que reconoce múltiples espectadores: femeninos y otros, con muchas preferencias diferentes. Los creadores de porno feminista destacan la importancia de sus prácticas laborales en la producción y su trato a sus intérpretes/trabajadores sexuales; a diferencia de lo habitual en los sectores convencionales de la industria del entretenimiento para adultos, aspiran a crear un entorno de trabajo justo, seguro, ético, consensuado. A menudo crean su imaginaria en colaboración con sus protagonistas. En última instancia, el porno feminista considera que la representación del sexo (y su producción) es un terreno donde crear resistencia, intervención y cambio.

El concepto de porno feminista surge en los años ochenta en plena guerra feminista contra el porno en Estados Unidos. Las guerras del porno (también conocidas como «porn wars», las guerras feministas por el sexo, o los debates feministas sobre la sexualidad) emergieron de un debate dentro del feminismo sobre el papel de la representación sexualizada dentro de la sociedad y acabaron con una división completa del movimiento que ha durado más de tres décadas. En el apogeo del movimiento feminista en Estados Unidos surgió una extendida lucha de activistas de base en contra de la proliferación de representaciones misóginas y violentas en los medios de comunicación de masas, que se vio superada por un esfuerzo

centrado específicamente en prohibir legalmente el medio más explícito de todos, y aparentemente el más sexista: la pornografía. Utilizando el lema de Robin Morgan «la pornografía es la teoría; la violación es la práctica», el feminismo antipornografía argumentaba que el porno era una mercantilización de la violación. Mientras que un grupo llamado Women Against Pornography (WAP) comenzó a organizarse seriamente para prohibir la obscenidad en todo el país, otras feministas como Lisa Duggan, Nan D. Hunter, Kate Ellis y Carol Vance denunciaron lo que consideraban una connivencia mal concebida del WAP con la derecha cristiana y la Administración Reagan, sexualmente conservadora, así como una deformación del activismo feminista hacia un movimiento a favor de la higiene moral y las buenas costumbres. Considerando que el feminismo antipornografía constituía un enorme paso atrás en la lucha feminista para empoderar a la mujer y las minorías sexuales, una comunidad muy activa de trabajadores sexuales y activistas sexuales radicales se unió al feminismo anticensura y *sex-positive*, y en conjunto forjaron los cimientos del movimiento a favor del porno feminista.¹

Los años previos a las guerras del porno en el feminismo se suelen conocer como «la era dorada de la pornografía»: un período entre principios de los setenta y principios de los ochenta marcado por largometrajes con presupuestos generosos y altos valores de producción que se estrenaban en salas de cine. Un grupo de intérpretes pornográficas que trabajaron durante la era dorada (incluyendo a Annie Sprinkle, Veronica Vera, Candida Royalle, Gloria Leonard y Veronica Hart) formaron en Nueva York el primer grupo de apoyo mutuo, al que llamaron Club 90. En 1984, el colectivo artístico feminista Carnival Knowledge solicitó a Club 90 que participara en un

festival llamado *The Second Coming* para explorar la cuestión «¿Existe una pornografía feminista?». ² Es una de las primeras ocasiones documentadas en las que el feminismo se planteó y exploró públicamente esta pregunta clave.

Ese mismo año, Candida Royalle, que pertenecía a Club 90, fundó *Femme Productions* con la intención de crear un nuevo género: el porno desde el punto de vista de una mujer. ³ En sus películas todo giraba alrededor del argumento, la calidad de la producción, el placer de la mujer y el romanticismo. En San Francisco, las editoras Myrna Elana y Deborah Sundahl, junto con Nan Kinney y Susie Bright, co-fundaron *On Our Backs*, la primera revista pornográfica hecha por y para lesbianas. Un año más tarde, Kinney y Sundahl fundaron *Fatale Video* para producir y distribuir películas porno lésbicas, que expandía la misión que había emprendido *On Our Backs*. En la industria de contenidos para adultos convencional, la intérprete y enfermera titulada Nina Hartley comenzó a producir y protagonizar una línea de vídeos de educación sexual para Adam and Eve, cuyos dos primeros títulos aparecieron en 1984. En Europa surgió un movimiento paralelo durante los años ochenta y noventa. ⁵

Al llegar los años noventa, el éxito de Royalle y Hartley había tenido efecto en la industria del contenido para adultos tradicional. Los principales estudios, incluidos *Vivid*, *VCA* y *Wicked*, comenzaron a producir sus propias líneas de porno para parejas, que reflejaban la visión de Royalle y generalmente empleaban una fórmula de porno más suave, más amable y romántico, con argumento y una calidad de producción muy cuidada. El crecimiento del género de «porno para parejas» significó un cambio en la industria: por fin se reconocía la existencia del deseo femenino y de las espectadoras, si bien su

definición era aún muy restringida. Esto proporcionó a las espectadoras una gama más amplia de producciones, y a las mujeres directoras más oportunidades de dirigir películas heterosexuales convencionales, como por ejemplo, a Veronica Hart y Kelly Holland (también conocida como Toni English). El porno lésbico independiente producido por lesbianas creció a un ritmo mucho menor, pero Fatale Video (que siguió produciendo películas nuevas hasta mediados de los años noventa) finalmente tenía compañía en su micro-género, con trabajos de Annie Sprinkle, Maria Beatty, Shar Rednour y Jackie Strano. Sprinkle también creó la primera película porno en la que aparecía un hombre trans, y Christopher Lee siguió ese mismo camino con una película en la que la totalidad del reparto eran hombres trans.⁶

En la primera década del siglo XXI, el porno feminista empezó a arraigar en Estados Unidos con el surgimiento de cineastas que se identificaban específicamente como feministas, tanto en lo personal como en su trabajo, entre ellas Buck Angel, Dana Dane, Shine Louise Houston, Courtney Trouble, Madison Young y Tristan Taormino. Al mismo tiempo, en Europa, las cineastas feministas comenzaron a adquirir cada vez más notoriedad por su pornografía y películas independientes con sexo explícito: en España, Erika Lust; en el Reino Unido, Anna Span y Petra; en Francia, Emilie Juvet, Virginie Despentes y Shu Lea Cheang (de origen taiwanés); en Suecia, Mia Engberg, la creadora de la compilación de cortos pornográficos feministas famosamente patrocinada por el gobierno sueco.

El movimiento moderno de porno feminista avanzó de manera espectacular en 2006 con la creación de los Feminist Porn Awards (FPA), fundados por Chanelle Gallant y parte del

personal de la juguetería *sex-positive* para adultos Good for Her, de Toronto. Podían postularse las películas que cumplieran uno o más de los siguientes criterios:

(A) Una mujer ha formado parte del proceso de producción, guión, dirección, etc. del trabajo; (B) muestra auténtico placer femenino; o (C) expande los límites de la representación del sexo en la cinematografía y desafía los estereotipos que a menudo se encuentran en el porno convencional. ¡Y por supuesto, tiene que poner! En general, quien gana un Feminist Porn Award suele haber presentado una película que tiene en cuenta a la espectadora femenina desde el principio hasta el final. Esto quiere decir que es posible que veas deseo activo y consentimiento, orgasmos auténticos y mujeres que toman las riendas de sus propias fantasías (incluso cuando esa fantasía consiste en renunciar al control).⁷

Estos criterios asumían y al mismo tiempo daban a conocer la existencia de un público, de una autoría, de una industria y de una conciencia colectiva. La descripción incluye a la espectadora femenina, lo que probablemente desea ver (deseo activo, consentimiento, orgasmos auténticos, poder y agencia) y lo que no (pasividad, estereotipos, coacción, orgasmos falsos). El lenguaje empleado es lo bastante vago como para no ser prescriptivo, pero al mismo tiempo valora la agencia y la autenticidad, con un reconocimiento entre paréntesis a la posibilidad de que «tener el control» no es necesariamente la fantasía de toda mujer. Aunque estas directrices se centran claramente en la implicación de una mujer en la producción, los cineastas premiados abarcan una amplia variedad de personas: desde las que se autodefinen como pornógrafas femi-

nistas hasta las mujeres directoras independientes, pasando por quienes producen porno convencional. Estos criterios tan amplios consiguen por tanto un cierto nivel de integración y reconocen que una amplia variedad de trabajos puede ser percibida como feminista por la audiencia, los críticos y el mundo académico. La ceremonia de los FPA atrae y premia a cineastas de todo el mundo, y cada año ha ido creciendo en todos los aspectos, desde el número de películas concursantes hasta el número de asistentes. Los FPA han logrado dar una mayor difusión al porno feminista entre una audiencia más extensa y han contribuido a la formación de una comunidad de cineastas, intérpretes y fans. Los FPA resaltan la existencia de una industria dentro de la industria, y al mismo tiempo nutren este creciente movimiento. En 2009, la doctora Maura Méritt (originaria de Berlín) creó la campaña PorYes y el European Feminist Porn Award, basado en los FPA. Dado que el movimiento tiene mayor empuje en Europa y Norteamérica, este libro se concentra en la investigación y las películas de las naciones occidentales. Somos conscientes de esta limitación. Para que el porno feminista sea un proyecto global, habría que hacer más para incluir en la conversación a investigadores y pornógrafos no-occidentales.

El trabajo que hacemos actualmente, como académicos y productores, no podría existir sin las primeras evaluaciones de la historia y contexto de la pornografía, como *Caught Looking: Feminism, Pornography and Censorship* de FACT, the Feminist Anti-Censorship Task Force. La obra pionera de Linda Williams en 1989, *Hard Core: Power, Pleasure, and the «Frenzy of the Visible»* abrió la puerta a los estudiosos feministas para que pudieran evaluar productivamente la pornografía como cine y cultura popular, como género e industria, desde el punto de

vista textual, histórico y sociológico. La obra de Laura Kipnis de 1996, *Bound and Gagged: Pornography and the Politics of Fantasy in America*, defendía vivamente que «las diferencias entre la pornografía y otras formas de cultura son menos significativas que sus similitudes». ⁸ En 1996, Jane Juffer publicó *At Home with Pornography: Women, Sex, and Everyday Life*, en el que nos instaba a prestar suma atención no solo al porno duro usualmente consumido por los hombres, sino a los usos de la pornografía en la vida diaria de la mujer corriente. Desde 1974 la revista cinematográfica *Jump Cut* ha publicado más investigaciones originales sobre pornografía desde un punto de vista *sex-positive* y anticensura que cualquier otra publicación de los medios de comunicación; unas investigaciones, además, firmadas por los líderes del sector, como Chuck Kleinhans, Linda Williams, Laura Kipnis, Richard Dyer, Thomas Waugh, Eithne Johnson, Eric Schaefer, Peter Lehman, Robert Eberwein, y Joanna Russ. Más recientemente, las obras *Feminism and Pornography*, de Drucilla Cornell, *Porn Studies*, de Linda Williams, y *More Dirty Looks: Gender, Pornography and Power*, de Pamela Church Gibson, han cimentado el valor de la investigación académica pornográfica. El objetivo del presente libro, *Porno feminista*, es promocionar esa investigación añadiendo una componente importante y valiosa: feministas que crean pornografía.

En este libro identificamos un movimiento que comenzó hace cuarenta años en el que participan pensadores, espectadores y creadores, basado en su deseo de utilizar la pornografía para explorar la representación de nuevas sexualidades. El trabajo que hemos recopilado aquí desafía otras concepciones feministas de la sexualidad en la pantalla, en las que la sexualidad está eternamente marcada por una amenaza. Esa

amenaza es el espectro de la violencia contra las mujeres, que es la manera en la que generalmente se ha visto la pornografía. Defender que las representaciones sexualmente explícitas no son otra cosa que opresión de género implica que mostrar actos sexuales explícitos es una forma de castigo y subyugación total de la mujer. En este marco de referencia, las mujeres que ven, estudian o trabajan en la pornografía llevan una marca de falsa conciencia: como si estuvieran jugando con fuego mientras ignoran el hecho de que pueden quemarse.

La apabullante popularidad de la literatura erótica femenina, ilustrada por el reciente éxito del superventas mundial *Cincuenta sombras de Grey*, de E. L. James, así como el florecimiento de la comunidad de *fanfiction* de la cual surgió, prueba que hay una gran demanda entre las mujeres de representaciones sexuales explícitas. Millones de lectoras dieron la bienvenida a la trilogía *Cincuenta sombras de Grey* (que sigue las aventuras de una joven que se convierte en la sumisa de un hombre dominante), y no lo hicieron por su retrato de la opresión, sino por su exploración de la libertad erótica. El erotismo y la pornografía creados por mujeres conecta con las fantasías que las mujeres tienen en realidad, fantasías que se encuentran en un mundo donde las mujeres tienen que negociar poder constantemente, incluyendo dentro de su imaginación y sus deseos. Del mismo modo que los criterios para obtener un FPA, estos libros y el movimiento del porno feminista muestran que «las mujeres están tomando el control de sus propias fantasías (incluso cuando esa fantasía consiste en ceder el control)».

Con el surgimiento de nuevas tecnologías que permiten que cada vez más personas puedan tanto crear como consumir pornografía, el pánico moral espolea de nuevo el miedo al porno. La sociedad todavía teme a las mujeres que son dueñas

de su propio deseo y lo ponen en práctica de formas que desbaratan las expectativas de la sexualidad femenina apropiada. Como demuestra Gayle Rubin, «las sociedades occidentales modernas evalúan los actos sexuales según un sistema jerárquico de valor sexual». ¹⁰ Rubin crea un mapa de este sistema, en el cual el «círculo mágico» está permanentemente amenazado por los «límites exteriores» de aquellos que han caído fuera de la demarcación de lo aceptable. En la parte inferior de esta jerarquía se encuentran los actos e identidades sexuales ajenas a la heterosexualidad, el matrimonio, la monogamia y la reproducción. Rubin argumenta que esta jerarquía existe para justificar los privilegios de las sexualidades normativas y restrictivas, así como la denigración y castigo de la «chusma sexual». *Porno feminista* muestra justamente estos actos e identidades sexuales punibles situados fuera del círculo mágico y se alinea con orgullo del lado de la chusma sexual. Al sacar a la luz las numerosas maneras en las que la gente se enfrenta al poder de la sexualidad, este libro allana el camino para explorar las variedades que anteriormente se habían descartado por perversas. Al mismo tiempo, el porno feminista también pone al descubierto lo que se considera sexualidad «normal» en el centro de ese círculo mágico.

Uno de los resultados desafortunados de las guerras del porno fue la consolidación de unas trincheras enfrentadas: la trinchera antipornografía enfrentada a la trinchera *sex-positivel*/pro-pornografía. A un lado, la «Pornografía», con p mayúscula, era una encarnación visual del patriarcado y la violencia contra las mujeres. Al otro lado, el Porno se defendía como «expresión» o como una forma que no debería desahuciarse pues algún día podría transformarse en un vehículo para la expresión erótica de la mujer. Los matices y complejidades de las

«pornografías» en minúscula se perdieron en tierra de nadie. Por ejemplo, el pensamiento *sex-positive* no siempre admite las maneras en las que la sexualidad limita a las mujeres. Pero el problema con la asunción de la antipornografía de que el sexo es inherentemente opresivo para las mujeres —de que las mujeres se degradan si realizan actos sexuales delante de una cámara— ignora y reprime la sexualidad de las mujeres. De ahí que para nosotras el porno feminista *sex-positive* no implique que el sexo es siempre una caja envuelta en papel de regalo llena de felicidad y alegría. En su lugar, el porno feminista captura la lucha para definir, comprender y encontrar la propia sexualidad. Reconoce que es importante no realizar juicios apresurados sobre el significado del sexo en las relaciones íntimas y sociales, y no presuponer cuál es el significado del sexo para personas concretas. El porno feminista explora ideas y actos sexuales que pueden resultar tensos, desconcertantes o incluso muy perturbadores para algunas personas, y al mismo tiempo liberadores y empoderadores para otras. Lo que vemos aquí son definiciones de la sexualidad que compiten unas con otras, y que muestran el poder de la sexualidad en toda su indisciplina.

Puesto que el porno feminista admite que las identidades se sitúan socialmente, y que la sexualidad tiene el poder de someter, castigar y subyugar, esa indisciplina puede incluir la producción de imágenes que pueden parecer opresoras, degradantes o violentas. El porno feminista no evita los tonos más oscuros de las fantasías de las mujeres. Crea un espacio en el que podemos darnos cuenta de hasta qué punto nuestras fantasías no siempre están alineadas con nuestra política o con las personas que pensamos que somos. Como defiende Tom Waugh, la participación en la pornografía, como espectador

en este caso, puede ser «un proceso de formación de la identidad social». ¹² De hecho, se forman identidades e ideas sociales al ver porno, pero también al hacerlo o al escribir sobre él.

Fuertemente influido por otros movimientos sociales del ámbito de la sexualidad, como el movimiento *sex-positive*, los derechos LGBT y los derechos de los trabajadores del sexo, el porno feminista pretende crear una comunidad, expandir ideas liberales sobre el género y la sexualidad, así como educar y empoderar a intérpretes y audiencias. Favorece el establecimiento de condiciones de trabajo justas y éticas para los trabajadores sexuales, así como la inclusión de identidades y prácticas poco representadas. El porno feminista desafía intensamente las representaciones hegemónicas del género, los roles sexuales, el placer y el poder que se dan en el porno tradicional. También desafía el marco interpretativo feminista anti-porno, al considerarlo vacío de políticas sexuales progresistas. El porno feminista es un movimiento que está empezando, y como tal promueve prácticas éticas y estéticas que intervienen en la representación sexual dominante y movilizan una visión colectiva a favor del cambio. Este activismo erótico, en ningún modo homogéneo o consistente, trabaja a la vez desde dentro y en contra del mercado para imaginar nuevas maneras de concebir el género y la sexualidad en nuestra cultura.

Pero el porno feminista no es solo un movimiento social emergente y una producción cultural alternativa: es un género dentro de los medios de comunicación con ánimo de lucro. Parte del negocio multimillonario del entretenimiento para adultos, el porno feminista es una industria dentro de una industria. Una parte del porno feminista se produce de forma independiente, a menudo creado y comercializado por y para minorías poco representadas, como lesbianas, personas

trans o de color. Pero el porno feminista se produce también dentro de la industria de contenidos para adultos tradicional, por feministas cuyo trabajo está financiado y distribuido por grandes empresas como Vivid Entertainment, Adam and Eve o Evil Angel Productions. Tanto desde dentro como desde fuera de la industria tradicional, como feministas han adoptado diferentes estrategias para socavar las normas y tropos de la pornografía dominante. Hay quienes rechazan casi todos los elementos de la típica película para adultos, desde la estructura a la estética, mientras que otros retocan la fórmula estándar (desde los «preliminares» hasta la «corrida») para reposicionar y priorizar la agencia sexual femenina. Aunque quienes crean porno feminista definen su trabajo como distinto del porno tradicional, sus espectadores son un grupo amplio de gente, incluyendo tanto a aquellas personas que se identifican como feministas y lo buscan específicamente, como a aquellas que no lo hacen. El porno feminista está tomando impulso y obteniendo visibilidad como mercado y como movimiento. Este movimiento está hecho de intérpretes que han pasado a dirigir, productores independientes queer, trabajadores sexuales politizados, *geeks* y blogueros del porno, y educadores sexuales radicales. Estas son las voces que se encuentran aquí. Es el momento perfecto para nuestro libro *Porno feminista*.

En este libro situamos a académicos y trabajadores sexuales juntos y en conversación, para tender un puente entre la investigación y crítica rigurosa, por un lado, y los retos e intervenciones del mundo real, por otro. Ya Jill Nagle en su obra pionera *Whores and Other Feminists* anunció que «esta vez ... las trabajadoras sexuales feministas hablan no como invitadas, no como exiliadas resentidas, sino como expertas en feminismo».¹³ Al igual que en el compendio de Nagle, aquí las personas que

trabajan en la industria del porno hablan por sí mismas, y sus narrativas iluminan sus complicadas experiencias, se contradicen unas a otras y muestran la retórica unidimensional y dañina del resurgimiento del feminismo antiporno. Como el porno feminista en sí mismo, las diversas voces que aparecen en esta colección desafían las afianzadas dicotomías divisionistas entre académico y popular, investigador y trabajador sexual, pornógrafo y feminista.

En la primera parte del libro, «Haciendo porno, debatiendo porno», las pioneras del porno feminista Betty Dodson, Candida Royalle y Susie Bright brindan una perspectiva histórica bien fundamentada del porno feminista, desde su aparición alrededor de 1980 en respuesta a la limitante imaginación sexual tanto del porno tradicional como del feminismo antiporno. Estas pornógrafas feministas nos ofrecen una ventana al periodo generativo y controvertido de las guerras del porno, destacando los desafíos y energías que rodearon el nacimiento del activismo del porno feminista enfrentado a un feminismo antiporno que ignoraba, malinterpretaba o vilificaba sus esfuerzos o sus personas. El relato de Bright sobre la primera vez que vio una película pornográfica (sentada junto a hombres de aspecto sospechoso en una oscura sala x) prepara el escenario para comprender cómo la invención del reproductor de vídeo VHS alteró el consumo de porno de las mujeres y cambió drásticamente el mercado.

En la pasada década ha resucitado y redefinido una nueva guerra contra el porno de mano de Gail Dines, Sheila Jeffries, Karen Boyle, Pamela Paul, Robert Jensen y otros. Feona Attwood y Clarissa Smith muestran cómo este resurgido movimiento antiporno se resiste a la teoría y a las pruebas científicas, y reenmarca la producción y consumo de porno

como una variante del tráfico sexual, un tipo de adicción o un problema de salud pública equivalente a una epidemia. El trabajo de Attwood y Smith desenmascara enérgicamente cómo el porno feminista sigue siendo desafiado y a menudo censurado en el discurso popular contemporáneo. Lynn Comella se centra en las consecuencias de hacer pública la pornografía. Para ello, examina uno de los elementos más importantes del surgimiento del porno feminista: el aumento de *sex shops sex-positive* creados y regentados por mujeres, así como un movimiento de base de educación sexual que crea espacios para que las mujeres produzcan, encuentren y consuman nuevos tipos de pornografía.

«Ver y que te vean» examina cómo el deseo y la agencia dan forma a la interpretación, representación y visionado de la pornografía. Sinnamon Love y Mireille Miller-Young exploran la compleja situación de la mujer afroamericana mientras ven, critican y crean representaciones de la sexualidad de la mujer negra. Dylan Ryan y Jane Ward abordan el concepto de la autenticidad en el porno: qué significa, cómo se lee y por qué es (o no es) crucial para la interpretación y audiencia del porno feminista. Ingrid Ryberg evalúa cómo las proyecciones públicas de porno feminista, lésbico y queer pueden crear espacios para el empoderamiento sexual. Tobi Hill-Meyer complica el análisis de Ryberg documentando a personas que hasta hace poco tiempo estaban excluidas de esos espacios: las mujeres trans. Keiko Lane se hace eco del argumento de Ryberg sobre el potencial radical del porno queer y feminista y lo ofrece como una herramienta para comprender y expresar deseo dentro de comunidades marginadas.

La intersección entre el porno feminista como pedagogía y las pedagogías feministas del porno se desarrolla en «Haciéndolo en clase». Como investigadoras del porno, Constance Penley y

Ariane Cruz lidian con la enseñanza y el estudio del porno desde dos perspectivas muy diferentes. Kevin Heffernan ofrece una historia de la formación sexual en vídeo y lo compara con el trabajo de Nina Hartley y Tristan Taormino en películas pornográficas educativas. Hartley explica cómo ha utilizado el porno para educar en sus más de veinticinco años en la industria, y Taormino describe su práctica como pornógrafa feminista que ofrece porno de comercio justo, orgánico, que tiene en cuenta el trabajo de sus empleados. El actor Danny Wylde documenta sus experiencias personales con el poder, el consentimiento y la explotación frente a un telón de fondo de retórica antipornográfica. Lorelei Lee ofrece un potente manifiesto que exige que todos nos hagamos mejores estudiantes para obtener un discurso más matizado, más perspicaz y más reflexivo sobre el porno y el sexo.

En «Ahora suena: porno feminista» se consideran cuestiones como la hipercorporeidad, lo genderqueer, la transfeminidad, la masculinidad feminizada, la interpretación racial transgresiva y la discapacidad. Jiz Lee analiza cómo utiliza su cuerpo femenino transgresor y su identidad genderqueer (en inglés prefiere el pronombre «*they*») para desafiar la categorización. April Flores se describe a sí misma como «una latina gorda de piel clara, tatuajes y pelo tan rojo como un camión de bomberos» y presenta su punto de vista único sobre ser (y no ser) una intérprete BBW (mujer grande atractiva, por las siglas en inglés de *Big Beautiful Woman*). Bobby Noble explora el papel de los hombres trans y la interrogación de las masculinidades en el porno feminista, mientras que el famoso intérprete masculino trans Buck Angel hace estallar las dicotomías de género al encarnar su identidad de hombre con vagina. También preocupada por la compleja representación e interpretación de la hombría en la pornografía feminista, Celine Parreñas Shimizu se pregunta cómo la raza da forma al trabajo

de Keni Styles como actor masculino heterosexual asiático. Loree Erickson, una pornógrafa feminista y estudiante de doctorado, representa no solo una convergencia de la investigación científica y el trabajo sexual, sino también uno de los temas más ignorados en la pornografía y deserotizados en la sociedad: «queer *femmegimp*». Surgiendo de identidades grupales previamente ausentes o mal denominadas, los autores de las contribuciones de esta sección son personas que muestran la belleza de sus deseos, dan forma a sus realidades, rechazan y reclaman atribuciones realizadas por otros y describen cómo crean mundos sexuales en los que se denuncia la desigualdad.

En todo el libro exploramos las múltiples definiciones de porno feminista, pero nos negamos a fijar unas fronteras. El porno feminista es un género y una visión política. A diferencia de otros géneros cinematográficos o audiovisuales, el porno feminista tiene temas, estéticas y objetivos comunes, a pesar de que sus parámetros no están claramente demarcados. Puesto que ha nacido de un feminismo que no es único, sino una creación viva, que respira y se mueve, necesariamente ha de cuestionarse: es una discusión, una polémica, un debate. Dado que es al mismo tiempo un género y una práctica, debemos tenerlo en cuenta como ambas cosas a la vez al leer y analizar sus textos culturales y al examinar los ideales, intenciones y experiencias de sus productores. Al hacerlo, ofrecemos una alternativa a la simplificación excesiva infundada y a la retórica paternalista. Reconocemos la complejidad de ver, crear y analizar pornografías. Y creemos en el potencial radical del porno feminista para transformar la representación sexual y la manera en que vivimos nuestras sexualidades.